

nueva mujer, y siempre Reina, con tan brutal violencia, que pidió la infeliz un cuchillo para partirse el corazón y abrió la ventana para echarse á la calle. Terrible nube los envolvía ya entonces. La cólera popular se condensaba en tormenta indescriptible. La humillada nobleza requería su espada, para clavarla en el corazón de los protervos. Caía de las alturas del púlpito fuego devorador en palabras fulgurantes. En los días anteriores al matrimonio ya estaba la liga formada por la misma humillación que infligiera Bothwell á la soberbia nobleza. Temían todos, aristócratas y plebeyos, que así como aquel ambicioso en su locura se había deshecho antes del marido de María, se deshiciese después del hijo y heredero. El conde Marx, que custodiaba en su cuna con gran cuidado al régio infante, prohibióle á María la entrada en su estancia, si más de tres personas la seguían y acompañaban. Un grito de guerra llenó los aires. La coalición se generalizó en todas las clases. La corte misma de Francia ofrecióle socorros en armas, hombres y dinero. En vano María los trataba con desden y Bothwell con arrogancia. Despreciados ó heridos, continuaban su guerra y se apercebían á la victoria. El clamor de la opinión crecía tanto, que los reyes se marcharon desde la capital á un retiro, donde á sus anchas declararon traición el proceder de todos los patricios escoceses. En seguida reunieron sus gentes y marcharon contra los rebeldes. María, vestida en traje de amazona; con borceguíes romanos y cota roja que ni siquiera le llegaba hasta las rodillas, en las piernas desnudas, incitaba con sus gestos provocativos y sus miradas abrasadoras al combate, después de haber prometido á los suyos las propiedades y tierras de los rebeldes. Estos llevaban un estandarte vistoso, en el cual se veía la figura de Darnley muerto, á cuyos pies se hallaba el tierno príncipe su hijo de rodillas, como un ángel y con las manos levantadas al cielo, para pedir á Dios, en nombre del derecho vulnerado, justicia y auxilio. Bien pronto los dos ejércitos llegaron á las manos de muy extraña manera, para que todo fuese verdaderamente singular en esta trágica historia.

El combate comenzó por una embajada. El embajador francés mismo se interpuso entre los combatientes y anunció á María la sumisión de los Lores, con tal que abandonase á su marido. Además, para evitar la efusión de sangre proponían todos á una combate personal con el malvado, único medio de

ver claramente, y en toda su verdad, el divino juicio. Bothwell, después de haberles llamado infames y haberles dicho que todos y cada cual hubieran hecho lo que hizo él, y apoderándose de Reina y corona, mantuvo el desafío y aceptó el reto. María, deshecha en lágrimas, se arrojó á sus plantas, conjurándole á no correr tan grave riesgo y peligro. Pero mientras tanto el ejército de los confederados se movía y acercaba con furor al ejército real. Entonces un horrible grito de éste, mal seguro de su causa y escasamente conforme con sus reyes, pidió concordia frente á los dos fautores de la discordia. A tal demanda el Rey se constituyó en campeón, y aguardó á su enemigo. Salió de las filas un campeón del Estado llano y María no quiso que su esposo llegase á rebajarse hasta él. Admitida la recusación, uno de los primeros magnates, blandiendo antigua espada esgrimida por aristocráticas manos en cien batallas, púsose de hinojos en el suelo y pidió á Dios que prosperara su causa como defensor de la inocencia. A estos gritos del héroe, que resonaban como la bocina legendaria de los antiguos cruzados, conmovió tanto el ejército de la Reina, que no quiso el combate. María estaba, pues, perdida; y no tuvo más remedio que darse á partido, después de haber conferenciado angustiosamente con el autor de su deshonra. Pero tenía tal ceguera en la mente y en la conciencia, que alargando la mano á uno de los jefes díjole: «así como ahora os cojo la mano, mañana os cogeré la cabeza.»

Vencida é insultante, la infeliz debía pasar por pruebas muy amargas. En cuanto se rindió y entregó, declarósele cautiva sus implacables enemigos, y la condujeron prisionera como un despojo de guerra entre dos filas de soldados vencedores é insolentes. Precedíala con irreverencia la bandera, que sirvió de símbolo y enseña en aquellos combates á los rebeldes. Apesar de que los tiempos no habían á sazón semejante andado como por el siglo décimooctavo y la revolución francesa, el populacho de la fiel Edimburgo injurió y vejó á María Estuardo; como dos siglos más tarde injuriara el móvil populacho de París á María Antonieta. Dijéronle todas las brutales palabras que suelen ocurrírseles á las muchedumbres en delirio y arrojéronle entre gestos irreverentes y sarcasmos soeces el barro de las calles. Alojaronla en casa del preboste de la ciudad, para demostrarle como se hallaba en rehenes, y á merced completamente del sublevado pueblo. Veinticuatro horas hacía que no entraba



ningun bocado en su estómago. La rota, por algo peor que la desercion, por la inercia de sus valedores traida; la separacion de aquel conde, á quien librara su corazon y su corona; los incidentes varios del combate y la guerra en los cuales tantas veces habíase visto, ella, soberana, suspensa de las voluntades ajenas; la rendicion inevitable á los mismos que odiaba con los ardientes odios propios de su vehemencia; el paso por los campos, entre dos filas de guardas, como un reo que condujeran al suplicio; la entrada en Edimburgo, donde apuró todas las iras y todas las injurias del populacho despues de haber brillado allí en toda su autoridad y soberanía; la clausura en la casa del preboste, ceñudo carcelero, quien no se hubiera en otro tiempo atrevido á mirarla frente á frente por no cegar á los rayos de su gloria y no caer bajo el peso abrumador de su grandeza; el recuerdo asesino de su antiguo esplendor y la comparacion con aquel envilecimiento trastornáronla de suerte que su faz y sus ojos tenian y tomaban todos los aspectos siniestros de una verdadera demencia. Por tanto, así que se vió encerrada, cayó en silencio profundísimo, semejante al silencio de la estupidez; y solo de tal estupor salió cuando le volvieron á mostrar el pabellon rebelde, para pedir á gritos socorro, é imprecas al cielo con desesperacion á fin de que acabasen con ella, y en los infiernos la hundiesen, donde hallaría con seguridad mas compasion que hallaba entonces entre sus vengativos vasallos y en su alterado y encendido reino.

En uno de aquellos arrebatos, María se levantó de su lecho desalada; y corrió á la ventana, que caia sobre calle principal, pidiendo á los viandantes, por Dios, amparo y socorro, contra sus tiranos y carceleros. Temieron estos que la situacion de una Reina prisionera provocara fácil cambio en los afectos del movible pueblo; y la condujeron á su palacio, donde podian tenerla mas recatada, y aparte de las muchedumbres. Por la tarde, y al anocheecer, trasladáronla de la casa del preboste, su antigua prision, á la casa del príncipe, ó sea, su antiguo palacio. Trescientos arcabuceros la circuian. Iba el conde Morton á uno y el conde Athol á otro de sus lados. Precedíanla dos hacaneas enjaezadas brillantemente, aunque no habia querido montar ninguna. Diez ricas-hembras la seguian brillantemente vestidas y adornadas, contrastando sus trajes con la especie de saco vestido por María, cuyos cabellos en desór-

den le llegaban hasta la cintura, dándole, si bajaba la cabeza, visos de penitente, y si la movia con furor en diversas direcciones, aspectos de loca. Sus tiranos, como ella los llamaba, se juntaron á una en consejo, así que la vieron en palacio, para echar suertes sobre su régio manto, y disponer de su autoridad y de su corona. En efecto, María, con las imprudencias y temeridades propias de su natural, pasaba las horas muertas escribiendo á su esposo, para decirle como sus recuerdos se fijaban en él y no entreveia otra cosa, ni abrigaba otro propósito, sino procurarle un desquite sangriento y caer vengada en sus brazos. Por consecuencia, decidieron elevar su transitoria prision á perpetuo cautiverio, y la despojaron de su autoridad y de su corona.

Era la noche del 16 de junio de 1567; y María estaba en sus habituales costumbres de bordar y escribir, sin acostarse, porque no se lo consentian sus versátiles pensamientos y sus enardecidos nervios, cuando apareció un lord, con la orden de abandonar el palacio de sus padres para trasladarse á ceñuda fortaleza. Llevaban esta orden Ruthven, el asesino de Riccio, y Linsay, el caballero mantenedor del desafío con Bothwell en la hora suprema de su horrible rota. Montáronla en pobre mula, mas como reo que como Reina, y condujéronla, entre aquellos dos feroces magnates, á su duro cautiverio. Un castillo fuerte y aislado, todo él circuido de una milla de agua en todas direcciones, erigido en medio de triste laguna, sirvió de prision á María. Y en aquella prision halló de carcelera una furia, la madre de Guillermo Douglas, hermosura de otros tiempos, envidiosa siempre de las seducciones de María, y querida del rey Jacobo V, quien le habia dado un hijo de sus amores, al cual creia ella heredero legítimo de la corona escocesa. Imaginaos cuántas pasiones grandes y mezquinas, cuántos celos vehementes y rivalidades pequeñas, cuántos recuerdos amargos y esperanzas frustradas se reunian para convertir á la carcelera en una parca horrible y agravar las durezas de la cárcel y del cautiverio. Creíase, pues, la soberbia manceba del difunto Rey mas que una esposa legítima; creia tambien á sus hijos mas que príncipes herederos; creia á la reina Lorena, madre de María, una querida vil del Rey á quien juzgaba su esposo; y creia, por ende, á la Reina legítima una vil usurpadora. Con todas estas supersticiones, la terrible arpía sumaba su fe calvinista y su horror á la fe católica. Por consiguiente, clavó sus uñas en aquella víctima



y la probó con toda clase de tormentos. Los confederados comisionábanla para que persuadiese á la reina María Estuardo al divorcio y separacion de su marido. Pero la Reina le contestaba implacable dándole, con orden de enviársela inmediatamente, una carta fervorosa, en la cual constaba su inviolable fidelidad al marido. Así, la depusieron sus enemigos del trono, y le presentaron las actas de abdicacion y renuncia para que las firmase ella misma. Llevólas á su presencia Linsay, quien se las puso delante sin proferir una palabra, como si en vez de ser enviado de los hombres, fuese de la fatalidad enviado. María Estuardo, petrificada por aquel imperioso ademan, por aquel relampagueante mirar, firmó su propia sentencia de destronamiento con la mano trémula por la emocion y los ojos arrasados de lágrimas. A los pocos dias coronaron á su hijo, aunque solo tenia trece meses. La ceremonia se verificó con gran pompa en la iglesia de Stirling. Los nobles llevaron las insignias reales, los obispos le ciñeron la corona, y los predicadores presbiterianos invocaron para el tierno niño las bendiciones del cielo. El conde Murray fué nombrado regente; y juró al nuevo monarca, puesta la diestra sobre los Evangelios. Así quedó consumada la gran revolucion que depuso del trono escocés á María Estuardo.

Mientras tanto Bothwell caía en manos del nuevo gobernador de Escocia. Retirado á sus tierras, despues de la rota, que le separó para siempre de su mujer y de su Reina, sostenia los últimos restos de su autoridad feudal bajo las plantas y de su diadema nobiliaria sobre la cabeza. Medio pirata y medio bandido, combatia en mar y en tierra por su vida y por su libertad. El nuevo gobierno habia mandado contra él ejército y armada, que le cercaran y le prendieran sin piedad. Pero él se defendió como feroz alimaña en mar y en tierra. Manteníase con arrogancia en las islas próximas á sus dominios; y casi mandaba una escuadra. Cuatro buques le acompañaban en el momento de su perdicion. Tres se fueron á pique, por el empuje de sus perseguidores; y el cuarto, donde se hallaba de pié y peleando, hubiera sucumbido tambien, de no encallar en aquellos escollos la nave capitana de sus enemigos. Entonces, conociendo que nada podia contra la fatalidad, se puso en cobro, y se dió á merced por completo de las olas y de los vientos. Una tempestad le sobrecogió en alta mar y le arrojó sobre las costas de Noruega. Visitado allí por

un navío danés, como no pudiera justificar ni su procedencia, ni su rumbo, ni el término de su viaje, cogiéronle preso y entregáronle al rey de Dinamarca, quien lo enterró vivo en áspera fortaleza, donde pasó nueve años de rabia y desesperacion, muriendo al cabo consumido en las llamas de su propia cólera.

Mientras tanto, se agravaba cada dia mas el cautiverio de María. Ni sola querian dejarla, como para que no tuviese, no, el acompañamiento siquiera de sus ideas y de sus recuerdos. Las hijas de sus carceleros dormian, para cejarla mejor, en su propio calabozo; y junto á su pobre lecho. Si alguna vez, á hurtadillas, osaba escribir con recelo á sus hermanos los reyes de Francia, tenia que valerse de algunos instantes robados al sueño. Ninguna esperanza hubiérale sonreído, á no tener tantos medios de seduccion y halago en su persona, pues puede asegurarse y decirse que ha seducido y halagado á la posteridad y á la historia.

María Estuardo era la seduccion en persona. Muchas veces lo hemos dicho y ahora lo repetiremos; la fábula de las Sirenas antiguas se cumplia y realizaba en su historia. La terrible parca vieja y desdentada, que la tenia bajo su poder, habitaba con el mas mozo de sus hijos, con Jorge Douglas, hermano del regente. No pudo la noble carcelera impedir á la presa comunicaciones mas ó menos rápidas con su hijo, y en estas comunicaciones cayó el jóven prisionero á su vez de tanta y tan seductora hermosura. María, que lo acechó con cuidado, atisbando el nacimiento de su pasion alimentada con furtivas promesas y esperanzas, aseguróle que se rendiria por completo á su merced y arbitrio, si le procuraba la querida libertad. Desde la hora y punto de tal promesa, Jorge Douglas, á fuer de caballero y enamorado, no pensó en la cólera de su madre la implacable carcelera, en el poder de su hermano el regente Murray, en la suerte de su familia, en la fidelidad á su monarca, en la paz de sus conciudadanos, ¡ah! solo pensó en la satisfaccion de su amor. Y cierta mañana entró en el calabozo la pobre lavandera del castillo, comprada por Jorge, y le propuso á la Reina el cambio de vestiduras. Cambiaron seguidamente; y María se puso sus tocas, recogió sus talegos, echóse un pañuelo tupido por la cara, y pudo pasar por todas las puertas y embarcarse, libre y salva, en esquife del sereno lago, que la conducia directamente á los